

Mirar con otros ojos

—

Recuerdo que... durante un viaje en tren por el sur de Francia una señora se sentó en el asiento de enfrente. Ni siquiera la miré, aunque sí me quedé observando sus manos entrelazadas sobre la empuñadura de su bastón. Unas manos que podrían contar miles de historias. No sé cuánto tiempo las estuve contemplando, una voz suave me despertó de dicho letargo y me dijo:

— Hija, ¿tan feas son como para estar mirándolas tanto tiempo?

Avergonzada, levanté mi mirada, pero al observar una amable sonrisa y unos ojos azules que se perdían semiocultos en multitud de pliegues no pude más que sonreír y le respondí:

— Disculpe, estaba pensando en cuántas historias pueden contar sus manos.

Ella de nuevo sonrió y, giró su cara hacia la ventanilla y comenzó a contemplar el paisaje en silencio. Yo hice lo mismo. Mientras lo miraba pensé: cual sería mi forma de ver este paisaje si lo hiciera a través de sus ojos o viceversa.